

Despatologizarse del yo

DAMIÁN PÉREZ

Me encuentro hace unos meses leyendo el libro *Yoga*¹ de Emmanuel Carrère y me siento invitado a escribir. En sus primeras páginas dice haber pasado por el psicoanálisis, haber estado tendido en el diván cerca de 20 años, pero que no ha sido eso lo que lo ha sostenido y acompañado, sino que ha sido el amor y la meditación. Esto me lleva a pensar qué sería de algunos de nosotros sin el psicoanálisis; los testimonios de pase dan cuenta de los pasos en falso en la vida, y del modo en que un análisis puede revertirlo, aún con tropiezos incluidos. Atravesar un análisis y poder dar cuenta de ello nos enseña que hay posibilidad de hacer algo distinto con eso.

No pretendo una apología del psicoanálisis; sí me ayuda pensar cómo sería mi -YO- sin el análisis. Hasta ahí llegamos, sin adivinanzas, pero sí marcando que cuando el yo comanda la vida puede tornarse errática, no para todos, escribo desde mi singularidad.

Hoy encontramos que pululan en las redes, en algunos discursos políticos, en distintas terapias, en los coaching ontológicos, la idea de que fortalecerse, vía el yo, llevará a la felicidad, se nos ofrece un uni-

versal, un para todos igual. Sara Ahmeb en su libro “La promesa de la felicidad”, ubica:

La demanda de felicidad se articula cada vez más en términos de un retorno a los ideales sociales, como si lo que explicara esta crisis de la felicidad no fuera el fracaso de dichos ideales sino nuestro fracaso en alcanzarlos. Y, por lo visto, en tiempos de crisis el lenguaje de la felicidad resulta aún más influyente”. “tenemos la responsabilidad de ser felices para los demás, la idea, en otros términos, de que existe una necesaria e inevitable correlación entre la felicidad de una persona y la de los demás. (2019: 31-33)

El yo cumple la función de sostener la identidad por vía de las identificaciones que dan sentido a nuestro mundo, eso que compartimos con otros. Alejado de los parámetros ofrecidos por la felicidad compartida, el ámate a ti mismo, lo adaptativo, por la autopercepción de la plena conciencia y el ideal de felicidad; nos encontramos con el psicoanálisis. Miller postula:

Es evidente que, en general, el sujeto arrastra con él un paciente, es decir alguien que es un sujeto patológico, que esta alcanzado en su sensibilidad —y en este sentido en ocasiones hay urgencias también—, pero me parece que no debe descuidarse desde el comienzo el sujeto en el paciente. (2018: 218)

Así, quien llega a vernos demanda su bienestar, que encontrará en los efectos terapéuticos que irán surgiendo con el tiempo. La propuesta, parafraseando a Jorge Chamorro, es hacer una sociedad con quien llega a vernos, que se entere que su padecer lo involucra.

Anna Kazumi en “Ecos entre el Psicoanálisis y la literatura” cuenta que “... para el japonés, hay una especie de fusión con los demás la

identidad no está fija en uno solo sino en el grupo en el que uno se encuentra o al que pertenece”. A modo de anécdota ilustrativa cuenta:

hay un juego de niños occidental que se hace con sillas y música, pero con una silla menos que la cantidad de niños. Al apagar la música, todos tienen que intentar sentarse, y el que quedó parado está afuera. Así se sigue quitando una silla en cada ronda, hasta que queda un ganador, el que siempre pudo sentarse ante los otros. (2020: 218)

El juego no fue aplicable en Japón, ya que “separarse del grupo y destacarse es incómodo y angustiante. Es una carga muy fuerte”. Ahora bien, en nuestra práctica no se trata de sacarle la silla al otro, pero sí, que en el trayecto de una cura analítica se pueda llegar a la diferencia más absoluta. Deshacerse del yo a condición de haberse servido de él es la condición de esta partida. Ser capaz de perder, todo, mucho, poco, con ganancias del deseo.

Quiero tomar como referencia el primer testimonio de Florencia Shanahan quien habla de los períodos en que le advino el calvario de no encontrarse con su yo, tramo final del análisis donde el analista con su deseo se juega la partida. Dice Laurent en su comentario sobre el testimonio, que Florencia se cura del yo con la confrontación de la mirada ciega, objeto puesto en juego a lo largo de su análisis. Y advienen así para ella 3 años de un sufrimiento especial. “Soportar el mundo. Y que lo insostenible tenía que ser experimentado para deshacerse de ese soporte”²². Dice ella:

Conozco por primera vez el insomnio y la angustia, como quedar reducida a un cuerpo. Mi matrimonio zozobra. Se evidencia la dificultad de separación con mi hijo. Me alejo del rol de ser la que mantiene unida a la familia. No hay de que agarrarse. Nada

se sostiene. Dura casi 3 años. El goce de la vida, aquel al que un análisis puede dar acceso, a diferencia del goce fálico, no tiene palabra ni traducción posible. Se tratará en todo caso, cada vez, una por una, de dejar que pase... (Shanahan, 2021)

De esa patología llamada yo es de lo que sufrimos
 Perder, habiendo ganado.
 Hacer del drama comedia.
 Desintoxicarse de lo familiar,
 Desaferrarse de las identificaciones,
 Desenamorarse del fantasma,
 No escapar a la transferencia negativa,
 Eclosión, ahogo, suspiro y más allá,
 Despatologizarse del yo.
 Nombrarse.

Bibliografía

- Ahmeb, Sara. (2019). *La promesa de la felicidad*. Buenos Aires: Caja negra.
- Carrère, Emmanuel. (2021). *Yoga*. Buenos Aires: Anagrama.
- Chamorro Jorge, Kazumi Stahl Anna y Otros. (2020). “La cultura Japonesa: la arrogancia del yo” pp. 218-219. En, *Ecos entre el psicoanálisis y la literatura*. Cuadernos del ICDEBA 12.
- Fernández Coria Shanahan, Florencia. (2021). “Dejar que pase...” En, *Revista Lacaniana* (29). Buenos Aires: Grama.
- Miller, Jacques Alain. (2018). “Presencia del analista” p. 218. En, *Del síntoma al fantasma y retorno*. Buenos Aires: Paidós.